

Empezamos, con estos versículos, a escuchar la segunda parte del “Discurso de la montaña”, donde el Señor nos **invita a purificar nuestra manera de practicar las actividades religiosas**, las acciones que especifican la actividad de cada hombre religioso, y que son tres:

- 1) la oración,
- 2) el ayuno,
- 3) la caridad.

Esas tres son introducidas por esta exhortación clara: **no hagáis eso para ser admirados por los hombres, de otra manera no obtendréis ninguna recompensa de vuestro Padre que está en el cielo.**

Por lo tanto, las prácticas religiosas se deben cumplir solamente con una intención, para perseguir un objetivo: **entrar en comunión con Dios, agradar a Dios.**

Hay, pues, un riesgo muy grande, que insinúa nuestra debilidad psicológica, nuestra fragilidad: **es decir el de contaminar también la vida religiosa con la vida mundana.**

Contaminar las acciones que se hacen por amor de Dios con el deseo, más o menos no confesado, de buscar la aprobación de los hombres.

Evidentemente, si Jesús nos pone en guardia contra esta tentación o contra esta debilidad es porque es más frecuente de lo que podamos imaginar. Quizás esté en nosotros, aunque no somos conscientes.

Desde aquí, la exhortación del Señor, por ejemplo: que tu mano derecha no sepa que hace la izquierda, pero todo lo que haces tenlo en el secreto, no lo exponga al viento de la vanagloria, de la vanidad, al viento del deseo de gustar a los hombres.

Porque, si tú buscas eso, si lo haces para gustar a los hombres, entonces, evidentemente, no tiene nada a que ver con Dios. Y, por lo tanto, la obra se queda vana.

Si, en cambio, lo que hacemos, lo cumplimos porque deseamos entrar en comunión con Dios, no necesitamos que alguien lo sepa.

No hace falta que los demás conozcan cuáles son las cualidades y la tipología de nuestra vida espiritual.

Lo importante es que lo sepa Dios, que ve en el secreto, que ve continuamente nuestras acciones, nuestros deseos y nuestros pensamientos.

Conscientes de eso, no vivimos este acontecimiento como una pesadilla, sino, al contrario, como una oportunidad, como un don, como una seguridad, la, es decir, de poder entrar en comunión con Él.

Tratemos, pues, de vivir para agradar a Dios y no a los hombres.

Si nos comportamos así, experimentaremos cómo es buena, dulce y suave la palabra de Dios.

Alabado sea Jesús Cristo.